ESPERA QUE SUS HIJOS LA V

VIVE EN UNA SILL

6:30 a.m. **8:00 p.m.**

SILVIA COTO
silvia.coto@lateja.co.cr

Rogelia Pérez decidió hace cuatro años que viviría sentada en una silla, al aire libre, hasta que sus hijos volvieran con ella.

No importa si hace frío o calor, si llueve o tiembla, ella no se mueve de la que se ha convertido en su "casa", en lo único que tiene en esta vida que transcurre en Paraíso de Cartago, 150 metros al este del bar Caballo Blanco.

Doña Rogelia sabe que quienes no la conocen creen que está loca o que tiene algún vicio, pero no.

"Al estar sentada cerca de la carretera principal, me aseguro de que mis hijos, si llegan a pasan por aquí, me van a reconocer, ya voy para cuatro años y medio de no verlos, me dejaron sola. Yo sé que viven en Cartago", dice.

Cuando llegamos a entrevistarla, acababa de despertar y un plástico transparente la protegía de la lluvia de estos días.

Ella llegó de Nicaragua hace 35 años y tiene 50 de edad. Recuerda que sus hijos rondan los 30 años, se llaman Paola y Jairo y llevan su apellido. Su fe es reencontrarse con ellos para dejar la vida en la silla, pues ya se siente cansada.

En Paraíso, donde a más de un vecino le parte el corazón verla pasar sus días sentada a la espera de sus hijos, la conocen como "Rogelia, la mujer de la silla".

"No le hace daño a nadie ni pide ayuda, la comunidad es la que siempre busca cómo ayudarle porque a uno le da tristeza ver cómo vive y que su familia no venga a llevársela", dijo María Montero, una vecina.

EAN Y VUELVAN CON ELLA

Morir en su silla es el precio por ver a sus hijos, dice doña Rogelia R. ARIAS/ J. CALDERÓN

10:00 p.m

rdenada. Doña Rogelia se desperta a las 8 de la mañana, dobla la ta y la guarda en un escondite paque no se la roben.

Luego, fuera del bar Caballo anco, se asea sin que nadie la vea. ni también lava la ropa.

"Me gusta oler bien y andar limpia, que la gente no tenga miedo de ercarse a mí", explicó.

Dormir a la intemperie la ha dejado casi sorda de un oído, pero eso le impide caminar durante ocho ras de un lado al otro.

Ella no sabe cuántos kilómetros corre, y en ese trayecto sus vecinos le dan cafecito y le regalan alientos, que ella cocina después en casa de doña Giselle Sojo.

Doña Giselle vive frente al lugar nde Rogelia se sienta por las noches y sufre al verla indefensa en la lle.

"Uno quisiera hacer más por ella, pero a veces no se puede. Aquí le damos un cafecito o un gallito, una de mis tías le cocina, pero ella necesita ayuda, su vida es esa silla, ahí pasa las horas, está más delgada, tenemos miedo de que esté enferma, se ha desgastado mucho", afirma doña Giselle.

Otra que no duda en acercarse es doña Marlene Mata, dueña de una verdulería.

"Yo le hago paquetitos de frutas y verduras para que se alimente. Me da muchísima lastima ver cómo vive", comentó.

"Sería bueno que un psicólogo la viera, es una mujer como todas, sabe leer y escribir; es muy inteligente", agregó Mata.

La principal preocupación de la comunicad es que doña Rogelia sea víctima del hampa por las madrugadas.

"Si tengo que morir en esta silla esperando a mis hijos, así será; es el sacrificio de una madre, aunque ellos se hayan alejado", insiste "Rogelia, la mujer de la silla".

Va de nuevo. A las 4 de la tarde, la nicaragüense se sienta de nuevo en su silla, a su lado tiene varios plásticos transparentes para que la lluvia no la sorprenda.

Antes de que oscurezca, escribe en un cuaderno que usa como diario y en el que también dibuja carros y personas. Nadie sabe qué anota, pues es muy celosa de sus apuntes.

Los vecinos le llevan café, galletas y la cena.

A la 1 de la mañana, recoge todas sus cosas y camina unos 400 metros para sentarse frente al Ebais.

"Aquí sí me van a ver mis hijos si pasan", dice esperanzada.

Ahí se queda hasta las 8 de la mañana, cuando el sol empieza a calentar y sus cachetes se enrojecen por el calor. Quienes llegan al Ebais, la observan, y algunas personas le ayudan con dinero, así empieza un nuevo día.

Si usted quiere ayudar a doña Rogelia o sabe donde están sus hijos, llame al 25523108.